

Figuras de tapiz

EL CIERVO

Nació bajo el influjo de mal signo. Una luna sangrienta enrojeció el agua del hontanar cercano y enredó fibrillas encendidas en la tela con que una araña porfiada cerró el cubil. Al amanecer nublóse el cielo y — para él — llegó la medianoche : se quedó sin madre... Tiritando, cubierto de cristalitos de escarcha su pelaje de seda rubia, lo halló un montero. Y porque no lo alcanzó el tiro de su ballesta en el arco nervioso de un salto, o en el pavor de la huida — sino al lado de la pobre bestia muerta — fué leal el cazador, acogiéndolo al amparo de su brazo.

Lo ocultó bajo un escaramujo que formaba minúscula bóveda, y con hojas volanderas le fabricó un lecho resguardado por las ramas doradas en la madurez del otoño. Su propio chaquetón de faena lo protegía en ocasiones de las lloviznas o de las ventiscas heladas de marzo. Así fortalecido, el cervatillo se transformó. Hubo de ponerle un nombre : lo llamó Lucero.

Con límpida mirada, tendido al pie de su protector, seguía el errabundo volar de pájaros y mariposas. A veces ensayaba una correría por las proximidades y al oír a lo lejos el clamor de las trompas de caza retornaba ligero, agrandados de terror los ojos claros. Lucero era cobarde...

Quiso el azar que Mimosa lo viera escabullirse en fugitivo re-

lámpago, y su capricho, habituado a la pronta satisfacción, se aferró a la idea de poseerlo. Llamó al montero y le dió las señas.

— Es rubio con una pinta en el flanco. Hermoso parece, pero arisco. Y luego, dominadora : Por eso lo quiero.

— ¿Dónde lo vió, ama?

— En el montecillo de zarzarrosas...

Adivinó el montero. Asintió, sin embargo, disimulando. Mas calló la frase que pensaba :

— Me diera usted su señorío y... ; no lo traigo !

Camino del soto fué arrancando varas flexibles para tejer un collar y una soguilla...

Inútil. La cacería llenaba el bosque con su estruendo de cornetas, ladridos, galopes. Lucero vió pasar varios ciervos enloquecidos ; un corzo pequeño se acurrucó a su lado en el escondrijo. Y al escuchar cerca el clamor vibrante emprendió de nuevo la carrera. Lo siguió Lucero repentinamente entusiasmado, desgajando la rama que lo retenía.

Poco después el acoso se concentraba en una pareja de ciervos. Uno logró huir : el otro quedó prendido en los jarales por su cornamenta. La voz imperiosa de la niña ordenó :

— ¡ Dispárale !

Aprestóse el montero obediente. La bestezuela cayó sobre el flanco ; una pinta estrellada la denunció a los ojos del matador.

— ¡ Lucerito ! ¡ Lucero !

Se inclinó pesaroso, acariciándolo. El cortejo formó círculo, curioso y sorprendido. Mimosa bajó de su caballo blanco y dejó sobre la cabeza del ciervo la rosa que adornaba su corpiño...

SOLO DE FLAUTA

Artemio vive solitario. Es la suya una soledad de pájaro sin nido que tiene por techo uno combo, muy azul, y por alfombra una suavísima de musgo salpicado de florecicas. Saborea la miel

de los panales silvestres y los duraznos vellosos y tentadores de cualquier huerto.

Tiene una libertad gloriosa de vagabundo; se embriaga de sol en lo alto de las quiebras y en alas del viento que lo ayuda, baja a la vega, precipitado como su hermano el torrente; bebe agua espumosa en copa de hojas y roba con maña huevos de perdiz en los nidales del cañaveral... Y por ser dueño de algo más, cuida tres ovejas, como él, cerriles.

Se ha hecho una flauta rústica que cuelga de su cuello con un cordón encarnado, como un escapulario. La adora. Le pediría dones y gracias como a la Virgen...

Alguien canta saudosamente en la llanura; los sonos se alargan, se quiebran, se multiplican.

Artemio escucha arrodillado. Muy cerca gorgotea el agua entre los berros y zumba porfiado un zángano enamorando a un girasol. Atento el oído, le brillan inquietos los ojos decidores; un mechón le ensombrece el despejo de la frente.

Va a resucitar en su caña esa armonía queda, ya desvanecida. Y permanece así de rodillas, tañendo la flauta frente a la mirada boba de sus tres ovejas. Pasa un instante. Aprovechando un susurro que apaga el chasquido leve, cuatro manos florecen sobre el seto y, a poco, aparecen burlones a espaldas del flautista, los rostros de dos muchachas.

¿Lisis y Gloc?...

LA NIÑA DE LA PALOMA

Adriana se llama. Es vendedora de baratijas.

Collares de cuentas labradas, zarcillos triangulares, alfileres de cabezuela extravagante confunden en la cesta su relumbrón con los rosarios místicos y las crucecillas.

Tiene Adriana una mata espesa de cabello renegrado que casi le cubre la espalda, y es su voz cantarina y grata. Parece que el dejo de una extraña canción inacabable se aduerme en su hablar reposado.

Es ciega. En la cuenca de sus pupilas, ayer maravillosas, anida la angustia máxima de la fatalidad. Y posada gentilmente sobre su hombro de niña, una paloma zúrea plegando y replegando el abanico de su cola...

Un anochecer de estío, cuando aun resplandecía en la palidez de su carita la jovialidad de su mirar vivaz, se encontró sola, en los aldeaños del pueblo. Un cuervo quiso arrebatarle su cándida compañera. Y como la defendiese gallardamente, se abatió sañudo sobre su cabeza y con el pico le cegó las esmeraldas estriadas de sus ojos...

Ciegucecita y grácil, la niña de la paloma siguió pregonando las baratijas multicolores con acento cantarino, un poquitín adolorido...

HEROICA

Morado el cielo rebelde que dice su ira con bronca voz de tempestad. En la tiniebla que envuelve la tierra, llora el lamento luminoso de las teas que desmelenan su cabellera de llamas. Y, pues que son cuatro, las cuatro van diciendo en la sombra el responso del fuego.

Ni un paso de hierro. Ni el golpe de una lanza que cae sobre el acero del escudo...

Y van sin embargo, cuatro guerreros de talla gigante, silenciosos, tétricos, camino de la inmortalidad. Casco potente, recia cota todos; éste, hacha al cinto; aquél, cuerno de guerra; el tercero, espada tajante, y el último, inerme...

Dentro del cuadrilátero a que forman guardia severa y muda, una angarilla rústica blanquea. Y sobre ella, muerto, va el Héroe. Blanco, como un ampo de luna sobre las fortalezas del Rhin; tronchado, como un dios en derrota; sereno, como en éxtasis de amor.

Es Sigfredo.

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Albea apenas un jirón de firmamento; le da el blancor en plena faz, agrandando los ojos azules, abiertos. Y el huracán — soldado milenario y rudo — baja desde las cumbres a su encuentro.

Ahuyentando el horror del mutismo implacable, comienza entonces la grandiosa, la intraducible polifonía del cielo y de la tierra que despiden al más bello, al más valiente de los paladines.

Sobre la mano que un día poseyó el anillo fatal del nibelungo, cae una lágrima de guerrero. Suenan las trompas marciales, alongan los bronces su queja funeral y descienden sobre las andas el graznar fatídico y el arrullo de gracia.

El grito desgarrador de Brunhilda se clava en la plata de la única estrella... Por entre rocas, llevado por los cuatro hermanos gigantescos cuyas antorchas dicen la oración expiatoria del uero, pasa — muerto — el héroe sagrado.

Es Sigfredo.

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

ISABEL ALONSO DEYRA.